



LOS CRÍMENES DEL BIG BEN
Un nuevo caso de la detective Mary Quinn



YSEE



VERSATIL
ediciones



PRÓLOGO

Medianoche. 30 de junio. 1859
Torre de St. Stephen. Palacio de Westminster

Sollozando, un hombre se acurruca en un saliente estrecho, apretándose los ojos con las manos para poner ante ellos un escudo que les impida ver el horror que hay allí abajo. Está oscuro, por lo que su terror es irracional; incluso si quisiera, no podría ver lo que ha hecho, y mucho menos podría distinguir los detalles más horribles. Aun así, su mente insiste en recrear la escena: una imagen sangrienta, explícita, rotunda. No es el remordimiento, sino la imaginación lo que está en el corazón de su violento ataque de histeria.

Tras una hora allí se sentirá exhausto, e incluso se quedará dormido durante unos minutos. Cuando se despierte, con un sobresalto, la razón volverá a él, y traerá consigo un cierto grado de fatalismo. Ahora se abren ante él dos sendas, y la decisión sobre cuál de ellas tomar ya no es suya. Se incorporará, con cuidado de no mirar al abismo. Arreglará sus ropas, inspeccionará con detenimiento sus manos y regresará a casa. Y, entonces, aguardará a ver qué le depara el futuro.

Y se comprometerá a revelar la verdad... Pero solo en el momento de su muerte.



CAPÍTULO UNO

Sábado, 2 de julio
St. John's Wood

Las libertades de ser un chico, pensó Mary, eran muchas. Podía balancear los brazos mientras caminaba. Podía correr, si le apetecía. Iba lo suficientemente arreglada como para evitar las sospechas de la policía, pero al mismo tiempo lo suficientemente desharrapada como para ser invisible a los demás. Luego estaba la extraña sensación de ligereza que producía el tener el pelo corto; no se había dado cuenta de lo que le pesaba el pelo hasta que ya no lo tenía. Sus pechos estaban firmemente apretados y si le dolían por tratarlos de aquella manera, podía rascarse con impunidad, porque rascarse en público era una de esas cosas de chicos que debía disfrutar mientras pudiera. Era, por lo tanto, una lástima que no estuviera disfrutando de la situación. Llevar puesta ropa de chico era cómodo y divertido, y durante su primera misión se lo había pasado bien llevando pantalones. Pero esto, lo de hoy, era completamente diferente. Era algo serio, y todavía no tenía ni idea de por qué.

Las instrucciones que había recibido eran muy simples: vestirse como un niño de doce años y asistir a una reunión de la Agencia a las tres en punto de esa tarde. No le habían ofrecido ninguna otra explicación y, a estas alturas, Mary sabía que no era conveniente pedir más detalles, puesto que Anne y Felicity facilitaban únicamente la cantidad de información que consideraban apropiada. Por supuesto, eso no le había impedido darle vueltas en su cabeza a las diferentes posibilidades durante todo el día de ayer, incluida la noche y también todo lo que llevaban de mañana. El año anterior se lo había pasado en grande en su entrenamiento: exámenes, clases, y pequeñas misiones que le permitían saborear la vida que estaba por venir. Pero esta maña-

na estaba disfrutando muy poco. ¿Qué era lo que Anne y Felicity querían? ¿Y para qué tipo de misión podía necesitar aquel disfraz?

La Agencia había sido creada por mujeres y todo su personal lo componían mujeres, y su genialidad residía en la explotación de los estereotipos femeninos. Sus agentes secretos se disfrazaban como doncellas, institutrices, dependientes, señoritas de compañía y otros personajes humildes y carentes de poder. En la mayoría de las situaciones, no importa lo peligrosas que sean, pocos sospecharían que una sirvienta pueda ser inteligente y observadora, por no mencionar que pueda ser una espía profesional. Siendo esa la filosofía que guiaba a la Agencia, Mary no le veía el menor sentido a ir disfrazada como un chico.

Se pasó los dedos por el pelo y enseguida interrumpió el gesto abruptamente: aquél era un gesto típico de chicas. Y lo único peor que no entender lo que estaba haciendo era realizar mal su papel. Cuando se aproximaba al final de Acacia Road, donde estaba la sede de la Agencia, Mary apretó los labios y respiró profundamente varias veces. Tuvo el impulso cobarde de girarse y dar un último rodeo a Regent's Park, para tener un poco más de tiempo para pensar. Como si no hubiera estado recorriendo St. John's Wood arriba y abajo durante las últimas dos horas. Como si el movimiento físico pudiera sosegar su mente y tranquilizar sus nervios. Como si ella tuviera la calma suficiente para aplacar el torbellino de emociones que le nublabla la mente.

Era hora de pasar a la acción, no de pensar. Unos pasos enérgicos la llevaron a la casa con sus puertas de hierro forjado y su placa de metal pulido: ACADEMIA MISS SCRIMSHAW PARA SEÑORITAS. La Academia llevaba siendo su hogar varios años. Pero hoy, al leer el nombre grabado en la placa, quiso mirarla como podría hacerlo un extraño y, más específicamente, como podría hacerlo un niño de doce años. El edificio era grande y estaba bien cuidado, con un jardín pulcro atravesado por un sendero enlosado. Pero en contraste con las casas vecinas, los escalones habían sido barridos pero no blanqueados, una tarea esencial si se quería proclamar a los cuatro vientos que había criados en la casa y que se les mantenía ocupados blanqueando los escalones

cada vez que una visita los deterioraba con sus pisadas. Esa irregularidad de la Academia era el único indicio de la inusual institución que se ocultaba en su interior.

De repente, la puerta principal se abrió de golpe y arrojó afuera a un par de chicas, o más bien, a un par de señoritas. Estaban vestidas con esmero, aunque no iban a la última moda, y mantenían una animada conversación. Ambas miraron con curiosidad a Mary, cuya nariz seguía estando a unos centímetros de la puerta cerrada.

—¿Te has perdido? —Le preguntó la más alta de las dos cuando se acercaron a la puerta.

Mary negó con la cabeza.

—No, señorita —su voz sonó más fuerte de lo que pretendía y se apresuró a aclararse la garganta—. Se me ha ordenado venir.

Una ligera arruga apareció en la frente de la chica.

—¿Quién te lo ha ordenado?

—Quiero decir... tengo una carta que entregar.

La chica estiró su mano hacia delante.

—Entonces puedes dármele a mí.

Mary volvió a sacudir la cabeza en una negación.

—No puedo, señorita. Me han encargado dársela a Mrs. Frame y a nadie más. ¿Es esta su casa? —Había empleado toda la mañana en la inflexión de su voz, intentando conseguir el acento correcto y mantener la voz algo ronca.

La chica pareció alterarse.

—Puedes confiar en mí: soy la delegada de esta Academia.

Mary sabía exactamente quién era Alice Fernie. Delegada, sí, pero solo de su curso.

—No puedo, señorita. Son órdenes.

La cara de la otra se contorsionó para dirigirle una mirada recriminatoria, pero antes de que pudiera hablar de nuevo, su compañera le dijo:

—Déjalo estar, Alice. Llegaremos tarde si nos paramos a discutir con él.

—No estoy *discutiendo*, solo estoy diciendo...

La segunda chica quitó el cerrojo de la puerta y le hizo un gesto amable a Mary.

—Adelante, pasa.

Mary les dedicó un respetuoso saludo con su gorra y las esquivó, dejando a Alice con el gesto torcido en mitad de la calle. Sonrió ampliamente mientras se dirigía hacia la puerta lateral, la puerta principal no era para mensajeros vestidos humildemente. Su disfraz había engañado a Alice y a Martha Mason, lo cual era un buen comienzo.

Sin embargo, sus escasas reservas de confianza cayeron en picado al adentrarse en los pasillos que tanto conocía, arrastrando las pesadas botas sobre la alfombra. Una cosa era superar el examen de un par de estudiantes, y otra enfrentarse a las directoras de la Agencia. Al acercarse a la puerta de roble del despacho de Anne Treleaven, su estómago se retorció y sintió una oleada de náusea. Había estado demasiado nerviosa como para comer nada en el desayuno. De hecho, ni en la cena del día anterior.

De pronto, cuando alzó una mano para llamar a la puerta, se recordó a sí misma haciendo precisamente eso, sintiéndose de la misma forma, hacía poco más de un año. Fue cuando descubrió la existencia de la Agencia y se embarcó en su entrenamiento como agente secreto. Y aquí estaba ahora, apenas catorce meses más tarde, tan confundida y ansiosa como entonces. Ese recuerdo le dio coraje. No era ya la misma chica que había sido la primavera pasada: ignorante, sin entrenamiento y temperamental. Durante ese año había aprendido mucho. Pero no eran las técnicas físicas, la destreza con las manos, los disfraces, el combate las que mostraban cómo había madurado. Era su capacidad para entender a la gente y para calcular los riesgos lo que le mostraba cómo había cambiado, y también lo que le quedaba por aprender. Todo era gracias a esas mujeres. Mary confiaba en ellas. Y esa confianza vencería al miedo que había formado el nudo que sentía en el estómago.

De algún modo.

—No deberías haber aceptado el contrato, Felicity.

La sonrisa rebotante de seguridad de Felicity Frame no perdió aplomo.

—Es un contrato excelente: interesante, lucrativo, y puede

atraer sobre nosotras la atención de ciertas personalidades poderosas de Westminster. Si conseguimos impresionarles con nuestro trabajo en este asunto, este podría ser el comienzo de una nueva era para la Agencia.

Anne Treleaven procuró mantener una expresión neutral.

—Argumentos tan grandilocuentes como esos no cambian el hecho de que actuaste de manera inapropiada. Nunca antes hemos aceptado un trabajo sin tomar una decisión conjunta.

—No tenía tiempo de consultarlo y discutirlo: tenía que actuar rápido para asegurar el acuerdo con el cliente —Felicity hizo una pausa y estudió el rostro de Anne—. Sigues enfadada conmigo.

—No estoy enfadada —la voz de Anne vibró por la tensión—. Pero me preocupan tanto tus acciones como tu plan para llevar a cabo la tarea.

Felicity pareció repentinamente fatigada.

—No me digas...

Un golpe en la puerta les interrumpió. Cuatro golpecitos titubeantes, para ser precisos. Felicity le dirigió una mirada a Anne.

—¿Estás esperando a alguien?

—No —el reloj que había en la mesa de Anne indicaba que faltaba poco para las once—. Adelante.

La puerta se abrió lentamente para revelar la figura pequeña y desaliñada de un chico. Estaba vestido con ropas limpias pero llenas de parches, una gorra y botas sucias que producían un sonido pesado al caminar sobre el suelo de madera.

Anne arrugó el entrecejo.

—¿Quién eres tú?

El chico se quitó lentamente la gorra y la colocó entre su codo y sus costillas. Su pelo era oscuro y estaba mal cortado.

—Mark, señora —hizo una pausa y luego sonrió burlonamente—. Mark Quinn.

Anne se quedó boquiabierta.

Felicity emitió un chillido extraño, como un graznido.

Mary les dedicó a ambas una pequeña reverencia.

Después de su parálisis inicial, Anne saltó hacia delante y cogió a Mary por los hombros.

—¡Mírate! No puedo... Tú... ¿Cómo...?

Mary sonrió y realizó una pirueta totalmente impropia de un chico. Nunca antes había oído tartamudear a Anne.

Felicity también se acercó para examinar su rostro.

—Gírate.

Anne se recuperó rápidamente.

—Bueno, querida —dijo con una calma artificiosa—, eres un chico encantador.

—¿Te cortaste tú misma el pelo? —Quiso saber Felicity.

—Sí, Mrs. Frame.

Una mirada de sutil satisfacción apareció en la cara de Felicity.

—Una decisión algo drástica, ¿no crees?

—No creí que me pidiera vestirme como un chico si no era por una razón importante.

—Precisamente.

—Habíamos acordado reunirnos contigo esta tarde —dijo Anne—. ¿Entiendo que has venido antes a propósito?

Mary asintió.

—Pensé que sería una forma de poner a prueba el disfraz.

—Una iniciativa muy razonable.

—Gracias, Miss Treleaven —Mary enrojeció ante la moderada alabanza. Anne nunca se prodigaba en cumplidos, por lo que incluso una muestra tan comedida significaba mucho viniendo de ella.

—Ya que estás aquí, podemos celebrar ahora mismo nuestra reunión —dijo Felicity con patente satisfacción—. A menos, Miss Treleaven, que tenga alguna objeción...

Entre las dos directoras se produjo un intercambio de miradas que Mary no pudo descifrar. Hubo un silencio prolongado, que Anne quebró finalmente:

—Comience, Mrs. Frame.

Felicity sonrió y le tendió a Mary un periódico ilustrado impreso en colores chillones.

—Podemos empezar por aquí.

EL OJO DE LONDRES

«Noticias para el Pueblo» — Viernes, 1 de julio de 1859

¡LA MALDICIÓN DE LA TORRE DEL RELOJ! *¿El Fantasma del Parlamento golpea de nuevo?*

Anoche, ya tarde, la tragedia hizo acto de presencia en el exterior de las Casas del Parlamento: el maestro carpintero John Wick, 32, de Lambeth, se precipitó a su muerte desde el pináculo de la Torre de St. Stephen, más conocida como la torre del reloj de las Casas del Parlamento. No se sabe por qué tuvo lugar la caída desde los casi cien metros de altura de la torre, que todavía está siendo construida. La Policía Metropolitana rehusó confirmar si la muerte había sido causada por un accidente, pero la obra fue acordonada esta mañana y, al parecer, continuará así durante todo el día. El lugar estuvo rodeado durante la mayor parte de la jornada por un círculo formado por los obreros y otros trabajadores de la zona, que observaban de cerca a la policía y otras autoridades afanándose en sus grotescas tareas.

Mrs. Betty Hawden, propietaria de una pequeña cafetería próxima a las Casas del Parlamento, fue testigo esta mañana temprano de la retirada del cadáver del infortunado. «Fue terrible, realmente horroroso» dijo, aún visiblemente afectada, aunque hablaba varias horas después. «¡Su pobre cuerpo roto... y la expresión de su cara!» Debido a su conveniente cercanía a la obra, la cafetería de Mrs. Hawden parecía hoy una colmena repleta de actividad, donde muchos de los compañeros y conocidos del muerto acudían a oír «la última novedad». Y «la última novedad» generalmente incluía una discusión sobre el asunto que las fuentes oficiales continúan negando, y sobre el que nosotros en *El ojo de Londres* nos proponemos investigar: *La maldición de la torre del reloj*.

A eso le seguía una serie de vívidas ilustraciones mostrando escenas de lucha, sangre y horror que se correspondían muy poco con el artículo en cuestión.

Mary sacudió la cabeza y levantó la mirada hacia Anne y Felicity.

—Debo estar leyendo el artículo equivocado —dijo—. ¿Se refería al del Fantasma del Parlamento?

Anne asintió.

Mary paseó rápidamente la vista por las ilustraciones del periódico y volvió a sacudir la cabeza.

—Lo siento, pero no entiendo qué puede tener esto que ver con la Agencia. Ni, francamente, por qué estamos mirando este periódico sensacionalista —las puntas de sus dedos ya estaban manchadas de tinta barata.

Felicity ladeó su cabeza.

—¿No crees que podamos aprender nada de la prensa sordida como esa?

—Bueno, *hechos* no, desde luego —dijo Mary—. Supongo que resulta útil por la perspectiva que ofrece: alguien, en alguna parte de Londres, puede creer en el fantasma de la torre del reloj. Pero nosotras somos más inteligentes que eso —observó los rostros de sus dos superiores—. ¿No es cierto?

Felicity esbozó una sonrisa amplia que permitía ver sus dientes, una sonrisa impropia de una señora.

—Creemos que sí. Pero ese artículo sí tiene que ver con la Agencia, y más específicamente, contigo.

Si hubiera estado a solas con Felicity, Mary tal vez se habría arriesgado a hacer una broma acerca de una Agencia para el Control de Fenómenos Sobrenaturales. Sin embargo, la presencia de Anne le llevó simplemente a decir:

—Por favor, cuéntenme más.

—Dejando aparte la cuestión de los fantasmas —dijo Felicity—, hace dos noches tuvo lugar una muerte sospechosa en la torre de St. Stephen. El accidente ocurrió a pesar de la presencia de los vigilantes nocturnos de las Casas del Parlamento, en una parte de la ciudad muy concurrida. Y sucedió de madrugada, lo que ciertamente es muy sugerente.

Mary tragó saliva. Había asumido con demasiada rapidez

que la historia entera era una invención, incluido lo del hombre muerto.

—Entonces, ¿las autoridades están interesadas en averiguar la causa de la muerte del carpintero, Mr. Wick?

—Mr. Wick era un albañil, no un carpintero. El artículo está, como puedes imaginar, perforado por múltiples errores —al decirlo, los gruesos labios de Felicity se curvaron—. Pero su muerte merece una explicación. Por supuesto, esa es normalmente una tarea de la policía. Scotland Yard ha inspeccionado el lugar y no ha encontrado ninguna evidencia concluyente. Ningún testigo se ha dado tampoco a conocer. El miércoles se celebrará una investigación judicial, pero si no se descubre ninguna otra evidencia, el veredicto habrá de ser el de muerte por infortunio.

Infortunio. Parecía una forma recatada y tonta de decir *terrible accidente*.

—¿Y la Agencia...? —preguntó Mary. Ahora las piezas estaban cobrando sentido, pero después de haberse equivocado ya al sacar una conclusión, se sentía reacia a hacer más suposiciones.

—El Primer Comisionado del Comité Parlamentario de Obras nos ha pedido que busquemos información acerca de dos puntos relacionados entre sí: el primero es investigar cualquier cotilleo o inquietud que tenga que ver con la muerte de Mr. Wick. Podemos destapar información que Scotland Yard no sea capaz de hallar, simplemente porque nosotras estaremos en el lugar de forma extraoficial.

Mary sintió un hormigueo en la piel al escuchar la palabra *nosotras*. Tenía la perspectiva de convertirse en un miembro de pleno derecho de la Agencia en el espacio de poco más de seis meses.

Si trabajaba duro.

Si continuaba mejorando.

Si Anne y Felicity así lo decidían.

—En cuanto al segundo punto, el nuevo Comisionado de Obras está preocupado por el alto número de accidentes que han ocurrido en la obra, unido al hecho de que la construcción de la torre acumula mucho retraso. Esa es la semilla de la histérica mención de fantasmas y de una maldición en el artículo del pe-

riódico: al parecer, hay quien dice que un hombre fallecido en el fuego original de 1834, el que quemó por completo las Casas del Parlamento, merodea por el lugar convertido en un fantasma. Parece haber sido absolutamente negativo para mantener la disciplina en la obra. Al Comisionado le resulta imposible investigarlo formalmente, por supuesto: ningún hombre al que entrevistase confesaría creer en la historia del fantasma, pero aun así parece que esa es la causa de todo. Pero el Comisionado también cree que contar con alguien en el terreno, por así decirlo, resultaría útil. Quizás una creencia supersticiosa en los fantasmas haya retrasado las obras. O, por otro lado, quizás los hombres no se encuentran en condiciones de presentarse al trabajo; quizás estén desobedeciendo normas de seguridad y los capataces lo disculpen; quizás... —Felicity hizo un gesto elocuente— Hay muchas posibilidades.

—Y nuestro conocimiento sobre las prácticas de construcción son limitadas —dijo Anne—. Por esa razón, me sorprendió enormemente que el Comisionado viniera a la Agencia.

Mary estaba perpleja.

—¿Él no sabía...?

Felicity sacudió la cabeza.

—No. El hecho de que somos una agencia compuesta únicamente por mujeres es todavía un secreto.

—Siempre me he preguntado, Mrs. Frame, ¿cómo consigue mantener eso en secreto cuando se entrevista con los clientes?

—Mary hizo la pregunta tímidamente. Generalmente, Felicity era más abierta que Anne, pero quizás esto era pecar de curiosa: querer echar una miradita en los funcionamientos internos de la Agencia.

Felicity volvió a sonreír.

—De diversas formas. Muy a menudo nos comunicamos por correo; en las entrevistas, Anne o yo a veces fingimos ser una empleada o una secretaria representando a la dirección de la Agencia; y, cuando es necesario, yo hago el papel de hombre de forma muy convincente.

Mary logró contener una expresión de incredulidad. Felicity era alta y su figura estaba poblada de curvas, además de tener un rostro hermoso y definitivamente femenino. Imaginársela con

corbata y barba requería más imaginación de la que Mary poseía. Pensó que seguramente Anne Treleaven, una mujer delgada, de aspecto austero y de treinta y tantos años de edad podría hacerse pasar más fácilmente por un hombre.

—Para volver al asunto que nos concierne —dijo Anne—, el trabajo requiere a un agente que no llame la atención en una obra en construcción, a pesar de que sabemos poco sobre ello. —Hizo una pausa— Podríamos, supongo, haber rechazado el encargo... —La mirada que le dirigió a Felicity estaba sazonada de doble intención.

—Pero no lo hicimos —dijo Felicity con firmeza—, por una buena cantidad de excelentes razones que no voy a enumerar ahora. El hecho es que ningún hombre adulto podría trabajar en una obra sin conocimientos o algo de experiencia. Y resultaría excepcionalmente difícil para una mujer adulta, yo, por ejemplo, hacerse pasar por un aprendiz adolescente. La diferencia en la forma de vestir entre un caballero y un obrero es bastante implacable —su voz sonó pensativa.

—La Agencia no tiene experiencia en ámbitos exclusivamente de hombres —dijo Anne quedamente. De nuevo, la corriente de tensión entre las dos directivas se hizo patente.

Felicity se inclinó hacia delante.

—Tenemos dos opciones: colocar a una agente cerca de la obra, por ejemplo, trabajando en un pub o una tienda próxima, o vendiendo comida en la calle; o encontrar a una agente que pueda hacerse pasar por un chico relativamente joven, que empiece su primer trabajo como aprendiz, como peón de albañil.

Mary parpadeó.

—Comprendo —y realmente lo hacía, quizás incluso más de lo que quería. Notó en su pecho una extraña sensación de hueco, de vacío, que no quiso analizar.

Anne se inclinó y contempló fijamente a Mary.

—Antes de que Mrs. Frame entre en detalles, debo hacer la pregunta de costumbre: ¿quieres saber más? ¿O rechazarás la misión? —Resultaba desconcertante la capacidad de Anne de poder leer sus pensamientos con tanta exactitud— Puedes tomarte un día para pensarlo.

El tono amable de Anne hizo que Mary se erizase como una

gata a la defensiva, pues normalmente la voz de su superiora carecía de esa tonalidad.

—No es necesario. Acepto la misión —su respuesta sonó casi enfadada.

Anne la miró con cautela.

—¿Estás segura? No necesito recordarte que no es muy inteligente aceptar una misión a menos que estés completamente preparada, física y mentalmente —puso un sutil énfasis en la última palabra—. Si tú...

—Estoy bien —Mary la interrumpió por primera vez desde que se conocían. En el pasado, siempre había sentido demasiado respeto como para hacer algo tan grosero—. Por favor, cuéntenme en qué consistirá la misión. Realizaré las tareas que me encarguen.

Se produjo un breve silencio, durante el cual Anne y Felicity de nuevo intercambiaron rápidas miradas. Mary agarró con fuerza el borde de su silla de madera, deseando que la sensación de opresión en su pecho se desvaneciera.

Finalmente, Felicity se aclaró la garganta.

—Te disfrazarás de un chico de once o doce años que realiza su primer trabajo en una obra en construcción. Ese puesto explicará tu falta de experiencia. Tu tarea será la de descubrir información pertinente a la muerte de Mr Wick, así como la referente a las posibles causas de retraso en la obra. Eso incluye la investigación de las historias de fantasmas, que pueden tener o no una base real. Empezarás preguntándoles a los hombres y demás chicos, y simplemente manteniendo los oídos bien abiertos. El ingeniero a cargo de la obra, un tal Mr. Harkness, informa directamente al Comisionado y todos sus informes por escrito son copiados para el Comité de obras, así que cualquier evidencia que encuentres será extraoficial. La información que descubras determinará tus siguientes acciones, por supuesto. Como puedes ver, se trata de una tarea que comienza de un modo bastante sencillo y que tiene un final abierto —Felicity hizo una pausa pero, al ver que Mary no respondía inmediatamente, se apresuró a continuar— Ya has demostrado que puedes hacerte pasar por un chico, y yo me encargaré de entrenarte en los aspectos más delicados. Como sabes, principalmente es una cuestión de pos-

tura y movimiento, más que de ropa. Eres joven, delgada y fuerte, por lo que ya tenemos un parecido natural, y la voz de muchos chicos todavía no ha cambiado a esa edad.

Mary asintió. Sus dedos estaban muy fríos y, curiosamente, se sentía entumecida. Felicity siempre resultaba persuasiva, por la modulación de su voz, más que por su facilidad con las palabras, y Mary odiaba defraudar a alguien.

—Muy bien —dijo—. ¿Cuándo debo comenzar?

Anne frunció ligeramente el ceño, posiblemente a causa de aquella última frase.

—Todavía quedan unas cuantas cosas que hacer en cuanto al personaje que vas a representar, como asegurarnos de que hay un puesto disponible para ti en la obra. A Mr. Harkness se le considera de confianza, pero no se le hará partícipe del secreto de tu verdadera identidad. Añádele a eso el tiempo necesario para trabajar en comportamiento masculino. Yo diría que no podrías comenzar antes del miércoles o el jueves.

Felicity apretó los labios.

—Demasiado tarde, me parece. Lo ideal sería que comenzase el lunes.

Mary asintió.

—Muy bien.

—Preséntate otra vez aquí mañana después del almuerzo —dijo Felicity. Le dirigió un breve gesto de asentimiento a Mary y luego miró a Anne. La reunión había terminado, y Mary comprendió que debía marcharse.

Permaneció torpemente inmóvil, apretujando mecánicamente el ejemplar de *El Ojo* en su mano.

—Gracias —dijo, sin saber realmente por qué.

